CESAR VALLEJO O LA POESIA DE LAS COSAS

POR

ANTONIO FERNANDEZ SPENCER

ASOMARSE al interior de la obra de César Vallejo es operación que apasiona. Ahora que tenemos editada toda su poesía reunida (1), el camino de su lírica se nos vuelve más incitante. A los primeros pasos de nuestra lectura—que han partido de LOS HERALDOS NEGROS—se va descubriendo la íntima y humanísima trabazón de su mundo poético: César Vallejo no ha ido abandonando, como otros poetas, formas de ser, modos ya agotados o considerados como tales; él sí se ha ido desprendiendo de ciertas adherencias inevitables del tiempo: tales como algunas fórmulas y resabios simbolistas de sus HERALDOS...; pero el lenguaje vallejiano (su lengua poética) es un desarrollo ininterrumpido hasta cuajar esos libros entrañables de la poesía hispanoamericana que son POEMAS HUMANOS y ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ.

Ahora bien: la palabra poética de Vallejo puede desconcertar al lector acostumbrado al lenguaje «profesoral» de la poesía de los últimos cincuenta años. El lenguaje de ese período áureo se ha nutrido sola y exclusivamente de canteras literarias (2); lo cotidiano, lo conversacional, el giro directo han sido desechados por la bella e inagotable floración de estetas. Con Vallejo la lengua de la poesía vuelve a la realidad diaria, se nutre de los acontecimientos, de los

sucesos maravillosos de los días y de sus ocupaciones. La madre, con su corazón afanoso y trabajador, pasa a ser un tema de rica y fluyente poesía. La miseria soportada, y confesada en su más crudo realismo, nos conduce en sus versos a nuevos e intactos manaderos de arte apasionado y fecundo. Los vocablos y los «temas» poéticos de su mundo no suelen ser elegidos después de una previa depuración: es la vida cotidiana la que va nutriendo de temas y voces a esta poesía. Comprar un buen periódico en París, o ver caer la lluvia, puede tener, y sin duda lo tiene, un encanto y una realidad lírica tan poderosos como hablar del ruiseñor que canta entre los frescos ramajes de una tarde con sol. El pan huidizo y diariamente presente ha hecho brotar de sus estrofas versos de una vitalidad y un arte asombrosos. Junto a tantas liras llenas de rica imaginación, «el cholo Vallejo» (como acostumbraban llamarle) descubre la fantasía encerrada en el íntimo corazón de las cosas de todos los días: ha llegado a comprender que es mucho más rico e importante conocer el mundo de objetos que le rodea que estar creando mundos imaginados. Con él la poesía ha vuelto a ser un ir anotando pacientemente sucesos, sensaciones; su poesía va ofreciendo noticia de los días fulgurantes de su corazón; de las semanas en tinieblas de su alma sufridora y enamorada de la realidad de la tierra; de su vida envuelta en la miseria y la tristeza. De la vida nos dice en algunos de sus versos desesperanzados y sin embargo arraigados a ella:

Hoy me gusta la vida mucho menos,
pero siempre me gusta vivir: ya lo decía.

En Vallejo siempre estará presente este regusto por la vida a pesar de que el dolor vaya maltratando su carne y su alma. Le gustará en algunos momentos menos la vida, pero no por ello olvidará colocarla en un puesto estimable. Su ternura estará constantemente mimando la vida; su ternura siempre irá rodeando las cosas con una mirada tan cordial, tan entrañablemente humana, que éstas surgirán de su mirar humanizadas. La realidad para la mirada sedienta de conocimiento de Vallejo será, como en uno de sus versos cargados de intuición, «olorosa verdad tocada en vivo». En TRILCE logrará llenar de humano éxtasis el tenedor que le sirve para comer: «el tenedor absorto»; y la cerveza será nombrada por sus palabras de este modo: «y la cerveza lírica y nerviosa». Dos versos tan expresivos que sirven para ilustrar en qué consiste esa mirada que humaniza las cosas de la cual he hablado en líneas anteriores.

En toda poesía importante existe una concepción del mundo. Pero este mundo iluminado del poeta no se nos ofrece por vía conceptual, sino más bien por una vía ardida de imágenes. El mundo del poeta por real que sea, es dado al través de imágenes verbales. Pero el poeta, aunque conserve su mismo lenguaje, va variando de *posición* de un libro a otro; de ahí que muchas veces se nos muestre francamente vertido hacia el exterior, y otras, como habitante de un mundo más cercano a la interioridad de su propia persona. Esto sucede también con la poesía de César Vallejo. En su libro LOS HERALDOS NEGROS, el poeta ha puesto toda su atención en el paisaje, en el surtir normal de la vida. Sus ojos están atentos al más imperceptible temblor de las cosas que le rodean; las retinas se le queman en la llama de los colores, y su tímpano hierve impulsado por la melodía que le llega de la tierra. La poesía de este libro es una poesía visual, plástica. El campo muestra su esplendorosa realidad:

Como viejos curacas van los bueyes
camino de Trujillo, meditando...

Esa tarde que los bueyes meditativos—como reyes que lloran sus muertos dominios—van caminando, le trae al pensamiento las leyes que combinan y muchas veces truecan la dicha y la angustia. Luego vuelve a pensar en esos bueyes que ahora se le aparecen como poseedores de unas viudas pupilas donde los sueños que no tienen *cuándo* se pudren. Poco después la aldea, ante sus pasos, se irá poblando de un fuerte y rudo gris, en que no falta el aceitoso mugido de las vacas (Esta poesía nos recuerda a Francis Jammes y a Herrera y Reissig.):

En el muro de pie, pienso en las leyes
que la dicha y la angustia van trocando:
ya en las viudas pupilas de los bueyes
se pudren sueños que no tienen cuándo.

La aldea, ante sus pasos, se reviste
de un rudo gris, en que un mugir de vaca
se aceita en sueño...

Paz aldeana, lejanía y cercanía rural, flotan por entre los deliciosos versos de LOS HERALDOS NEGROS. Hay patios silentes; sangrantes despedidas de sol; otoños que llenan de un brillo ambarino el panorama; zagalas que lloran una pena indígena; Venus pobres;

leños en cuya frescura vaga un acariciante olor y, reinando, una pena incontenible: la tristeza tierna de Vallejo. En el poema «Aldeana» (pág. 51) saltan a la vista estos versos que ya están cargados de la peculiar dicción vallejiana, del acento inconfundible suyo que tanto nos atrae:

Al portón de la casa
que el tiempo con sus garras torna ojosa...

Y todo está lleno de una suave tristeza en este poema. Las guitarras suenan melancólicas su yaraví, en cuyo bordoneo pasa un hálito de eternidad, un hondo quebranto en que la voz del indio se queja. Y ni siquiera la espléndida figura del gallo escapa a esa tristeza: sus ojos, como dos gotas de llanto, temblarán en el silencio de la tarde muerta. (Este alarde descriptivo desaparecerá casi totalmente en su libro TRILCE.) Copiemos aquí una de las estrofas de este poema cargado de rico colorido:

¡Al muro de la huerta,
aleteando la pena de su canto,
salta un gallo gentil, y, en triste alerta,
cual dos gotas de llanto,
tiemblan sus ojos en la tarde muerta!

En toda la poesía de Vallejo hay una incontenible amargura. La vida se le va ofreciendo ojerosa y atormentada. La angustia que lo atormenta es como una angustia racial: tormento de desplazado de la vida. El viaje de la vida le va resultando triste y largo. A veces su amargura es tal que no llega a saber a quién le pertenece y le suplica al sol que está muriendo que se la lleve:

¡Ni sé para quién es esta amargura!
Oh, Sol, llévala tú que estás muriendo...
(«Oración del camino», pág. 47.)

Todo se le enturbia, se le torna sombrío de dolor; el valle deja ver su contextura de oro amargo. Suena una guitarra. Es su raza. Ella sabe que es un huésped y que el odio le rodea. Ah, sí, el viaje es triste y largo. Y el trago de amargura tampoco llega a ser muy corto:

...El valle es de oro amargo;
y el viaje es triste, es largo.

Oyes? Regaña una guitarra. Calla!
Es tu raza, la pobre viejecita
que al saber que eres huésped y que te odian,
se hinca la faz con una roncha lila.

Y en estos otros versos del mismo poema el valle surge disecado, más bien, momificado, mientras el fuego del sol lo llena de oro santo. Y allí, en ese valle, el sudor es una brasa que va cayendo en la tierra y apagándose como un llanto. Ha de notarse que en el primer verso Vallejo crea un adjetivo (esa propensión a crear palabras se irá acentuando en su obra posterior):

Y en el mómico valle de oro santo,
la brasa de sudor se apaga en llanto!

EL TEMA DE DIOS.

Como en todo gran poeta, la poesía de Vallejo tiene en su cúspide más alta a Dios. Toda poesía de una importancia excepcional es religiosa. Vallejo, como nuestros místicos, tiene con Dios una relación cotidiana, un encuentro diario y sucesivo con El. ¿No presidió El su nacimiento? El poeta, quizá para justificar esa tristeza que le quema en su totalidad, nos cuenta que nació un día en que Dios estuvo gravemente enfermo. Inmediatamente pasa a narrarnos que él, César Vallejo, es un ser vivo y que todos lo saben; también todos están enterados de que es un hombre malo. El tiene un vacío metafísico cuyo motivo nadie podrá alcanzar; está enclaustrado en un grave silencio. Todos también saben que él es un hombre que mastica; que en sus versos crepitan, como carne quemada, penalidades de féretro:

Yo nací un día
en que Dios estuvo enfermo,
grave.

(«Espergesia»; pág. 77.)

¡Qué sufrimientos le cuenta a Dios en «Los dados eternos»! Está llorando el ser que vive. Y su dolor es tan inmenso que está casi arrimado a las puertas donde se abre la blasfemia. En su arrebato llega a concebir la incapacidad de Dios para serlo por no haber sido hombre. ¡Pero con qué ternura de plegaria están dichos estos desatinos! ¡Qué profunda sensación de rezo gritado nos queda después de haber leído la totalidad del poema! Es sin duda uno de los más grandes de la literatura universal. Es uno de esos poemas en cuyo fondo una fe en crisis hace su más detonante explosión. Esas

llamaradas que por sus ojos siente son, nos dice el mismo Vallejo, como el anuncio de su propia condena:

Dios mío, estoy llorando el ser que vivo;
me pesa haber tomádote tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentada en tu costado:
tú no tienes Marías que se van!

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú, que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación.
Y el hombre sí te sufre: el Dios es él!

Hoy que en mis ojos brujos hay candelas,
como en un condenado,
Dios mío, prenderás todas tus velas,
y jugaremos con el viejo dado...
Tal vez oh jugador! al dar la suerte
del universo todo,
surgirán las ojeras de la Muerte,
como dos ases fúnebres de lodo.

Dios mío, y esta noche sorda, oscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra
es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la aventura,
que no puede parar sino en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura.

En el poema «Los anillos fatales» (pág. 67) el poeta tiene unas inmensas ganas de realizarlo todo: volver, amar, ausentarse y dar un gran beso que amortaje la Vida (así, con mayúscula). El pesimismo y la desesperación surcan estas estrofas. De improviso se dirige a Dios:

Hay ganas de... no tener ganas, Señor;
a ti yo te señalo con el dedo deicida:
hay ganas de no haber tenido corazón.

Es indudable que en el fondo del alma vallejiana late un sentimiento puramente religioso. La divinidad de Dios le parece poderosa y la acepta: por eso la invoca en sus momentos más atormentados. Es cierto que en él no hay una manera ortodoxa de entender la religión, pero esta falta de entrega total a un pensamiento religioso se la podemos tolerar teniendo en cuenta lo enorme de su sufrimiento, y dado que también era un hombre con un corazón tan humano que se le salía del cuerpo. Pero hay un poema que lleva por título «Dios», donde el poeta nos confiesa experiencias propias de un místico. En este poema está sintiendo que Dios va

caminando en su intimidad (por dentro de su propia sangre y su alma) acompañado del paso de la tarde y de los bríos del mar. Según nos comunica Vallejo, parece que le va dictando dichas, acontecimientos de dulce y apacible color. Dios se le muestra ahora hospitalario, bueno y triste; parece que entre su realidad lleva marchito un desdén de enamorado: debe por ello sufrir su corazón. Ha sido muy reciente su llegada a Dios en esa tarde, y cuánto lo está amando; y, sin embargo, la falsa belleza de unos senos de mujer deja lloroso al poeta, que desesperado mide la fragilidad de su creación. Y Dios cómo ha de sufrir, piensa, ante la inmensidad del orbe que como un enorme seno gira. Y entonces se ve impulsado a honrar y consagrar a Dios porque ama tanto. Al descubrir lo inmenso y esperanzado del amor de Dios, César Vallejo se siente conmovido y le traslada su tristeza: ahora le parece que Dios jamás sonríe, porque su corazón debe dolerle mucho:

Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con él anochecemos. Orfandad...

Pero yo siento a Dios. Y hasta parece
que él me dicta no sé qué buen color.
Mustia un dulce desdén de enamorado:
Como un hospitalario, es bueno y triste;
debe dolerle mucho el corazón.

Oh, Dios mío, recién a ti me llego,
hoy que amo tanto en esta tarde; hoy
que en la falsa balanza de unos senos,
mido y lloro una frágil Creación.

Y tú, cuál llorarás... tú, enamorado
de tanto enorme seno girador...
Yo te consagro Dios, porque amas tanto;
porque jamás sonríes, porque siempre
debe dolerte mucho el corazón.

«TRILCE».

En los poemas de TRILCE, Vallejo hace el sacrificio de su lengua esplendorosa, llena de imponentes imágenes y ritmos maravillosos. Ahora su palabra nacerá más cerca del balbuceo del niño; irá iluminando zonas del mundo hasta él nunca entrevistas. Hay en este libro como un ardoroso nacimiento de las cosas por segunda vez. La mirada del poeta va consiguiendo fundir los contrarios. El tiempo de esta poesía está potenciado en presente. En la visión del tiem-

po vallejiano el pasado y el futuro existen encauzados en un eterno presente. Las cosas del pasado no las recuerda como totalmente ausentes, sino como escapándose, presentes, en la fluencia inevitable del hoy. Las más opuestas realidades resultan en este libro tan atrevidamente acercadas que llega en ocasiones a conciliarlas. Pero lo más hermoso de su contenido es la entrega apasionada a las realidades menudas, a los sucesos de tamaño mínimo, a esa entraña misteriosa y poética que late en los objetos. Así, como ejemplo luminoso, recuerda aquella lavandera suya que lava sus trajes en sus propias venas, o en el chorro inconfundible de su corazón. ¿Y acaso él no dejaba el traje sucio de injusticia? Vallejo nos irá acostumbrando a este tipo de «realidades», donde lo ilógico es lo normal, el pan de cada día. Escuchémosle:

El traje que vestí mañana
no lo ha lavado mi lavandera;
lo lavaba en sus venas otilinas,
en el chorro de su corazón, y hoy no he
de preguntarme si yo dejaba
el traje turbio de injusticia.

Por donde quiera que varíe el rumbo de nuestra lectura nos encontraremos la realidad en su plena y mágica desnudez. Así la calle, llena de ojeras de puertas, desde descalzos atriles lanzará sus voces pregoneras; las hormigas son gráficamente descritas: «hormigas minuteras»:

Cuando la calle está ojerosa de puertas,
y pregona desde descalzos atriles...

EL MUNDO FAMILIAR.

El mundo de los padres para Vallejo es un mundo eterno, permanente. Desde el mismo fondo de la tumba irá trayéndonos al padre y a la madre para hablarnos amorosamente de ellos. Recordará el tiempo en que vivían y aquellas palomas que volaban coronando con sus alas a ese tiempo feliz. El día de sus padres lo ve con gran placer como hecho de ingenuidad, de infantil transcurso, y lleno de una alegría coral. Todo aún le susurra a su padre en el recuerdo, sigue despertando; por los ámbitos se escucha el mes de enero que canta y el amor del padre que vuelve por la eternidad resonando. Volverán y volarán los años y él reirá de sus pequeñuelos; será un padre siempre presente que acompaña a sus hijos

por los caminos de la vida. Todavía llegará el año nuevo y habrá doradas empanadas en el horno; y él, César Vallejo, tendrá hambre, y recordará aquellas sus sílabas escolares tan frescas, tan llenas de rotunda inocencia. El padre es contemplado aquella mañana, como de pájara alegre, en que va a poner sus 78 años como ramos de invierno a solear. ¡Cuántas veces sus pasos regresaron del cementerio después de acompañar algún entierro humilde! :

Mi padre, apenas,
en la mañana pajarina, pone
sus setentiocho años, sus setentiocho
ramos de invierno a solear.
El cementerio de Santiago, untado
en alegre año nuevo está a la vista.
Cuántas veces sus pasos cortaron hacia él,
y tornaron de algún entierro humilde.

(«Enereida»; pág. 75.)

En Vallejo el amor a sus padres estará presente en algunas de sus mejores poesías. ¡Cómo se le derrama la ternura al recordar el añoso tronco familiar! Cada vez que toca el tema familiar se vuelve tan desamparadamente niño, tan tiernamente niño, que a nuestros ojos asoma una congoja escapada de las más ocultas fuentes del llanto. En el poema «Los pasos lejanos» (pág. 74) recorre con su mirada el semblante augusto de su padre que duerme. Su rostro tiene toda la tranquilidad de un corazón apacible. Si en él hay algo amargo es el propio Vallejo. El hogar está lleno de soledad y se reza; de los otros hijos no se ha sabido nada. El padre, de pronto, se despierta; ausculta en el pasado. Está tan cerca, si algo en él hay lejano, será de nuevo el propio César Vallejo. Pasa inmediatamente a recordar y a describir la madre que se pasea en los huertos, gustando de un sabor «ya sin sabor». Se ha vuelto de una suavidad tan leve, que bien puede ser un ala, una salida, o un amor. El hogar, de pronto, muestra su enorme vacío: ya no hay bulla ni noticias; se ha quedado sin verde y sin niñez. Algo en la tarde deja su fuerte y pesado sabor a cosa deshecha, a cosa destruída, y va crujiendo mientras baja: son dos caminos blancos por donde el corazón del poeta se pone a caminar. Ha vivido de hondos y rezumantes recuerdos y era natural que en agotándolos momentáneamente, la soledad de nuevo le invadiera:

Mi padre duerme. Su semblante augusto
figura un apacible corazón;
está ahora tan dulce...
si hay algo en él amargo, seré yo.

Hay soledad en el hogar; se reza;
y no hay noticia de los hijos hoy.
Mi padre se despierta, ausculta
la huída de Egipto, el restañante adiós.
Está ahora tan cerca;
si hay algo en él de lejos, seré yo.

Y mi madre pasea allí en los huertos,
saboreando un sabor ya sin sabor.
Está ahora tan suave,
tan ala, tan salida, tan amor.

Hay soledad en el hogar sin bulla,
sin noticias, sin verde, sin niñez.
Y si hay algo quebrado en esta tarde,
y que baja y que cruje,
son dos viejos caminos blancos, curvos.
Por ellos va mi corazón a pie.

La infancia unida a sus padres siempre la volverá a recordar con nostalgia. Aquella panadería caliente de su niñez con aquellos bizcochos, ricos de innumerable yema infantil, unidos a la evocación de la madre, le llevará a hacer un recuento pesimista de la vida. De sus hermanas y de su hermano Miguel—ya muerto—, y de él dirá que son comida para alimentar a los animales que se usan en la caza de cetrería. El todavía lleva una trenza que arrastra por cada letra del abecedario. Infancia traída al primer plano desde su hombría de ahora, pero que es entrevista como algo doloroso. En aquella sala misteriosa de arriba la madre los reunía en la mañana o en las tardes para repartirle ricas hostias de tiempo, tan ricas que aún le han sobrado cáscaras de relojes. El tiempo es visto en su radical esencia destructora; de él sólo restan desechos, ruinas. (Sería interesante que Valverde nos diera un ensayo más extenso sobre ese «sentido mortuorio del tiempo» que ha señalado en uno de sus artículos (3) y que indudablemente existe en la poesía de César Vallejo.) En el presente le quedan al poeta ciertas migajas que le atan el cuello y que no quieren pasar. La madre ha recibido los impactos del tiempo y tiene sus huesos vueltos pura harina: ¡ella, «tierna dulcera del amor»!... Desde la tierra en que reposa callada podrá escuchar cómo le van cobrando todos el alquiler del mundo donde los ha dejado a él y a sus hermanos, y también le cobran el valor de aquel pan que no se termina nunca, de ese pan que se repite todas las mañanas y que hay que pagar invariablemente. Se lo han ido cobrando en todo tiempo y en toda circunstancia: aun en aquel tiempo en que siendo pequeños, como nos confía con ingenuidad el poeta, no podrían arrebatárselo a nadie. La madre estaba presente y lo veía. Y termina el poema con la magistral ma-

nera balbuceante de sollozar, sin perder su hombría, a que nos tiene acostumbrado Vallejo:

Tahona estuosa de aquellos mis bizcochos
pura yema infantil innumerable, madre.

Oh tus cuatro gorgas, asombrosamente
mal plañidas, madre; tus mendigos.
Las dos hermanas últimas, Miguel que ha muerto
y yo arrastrando todavía
una trenza por cada letra del abecedario.

En la sala de arriba nos repartías
de mañana, de tarde de dual estiba,
aquellas ricas hostias de tiempo, para
que ahora nos sobrasen
cáscaras de relojes en flexión de las 24
en punto parados.

Madre, y ahora! Ahora, en cuál alvéolo
quedaría, en qué retoño capilar,
cierta migaja que hoy se me ata al cuello
y no quiere pasar. Hoy que hasta
tus puros huesos estarán harina
que no habrá en qué amasar
¡tierna dulcera del amor,
hasta en la cruda sombra, hasta en el gran molar
cuya encía late en aquel lácteo hoyuelo
que inadvertido lábrase y pulula ¡tú lo viste tanto!
en las cerradas manos recién nacidas.

Tal la tierra oirá en tu silenciar,
como nos van cobrando todos
el alquiler del mundo donde nos dejas
y el valor de aquel pan inacabable.
Y nos lo cobran, cuando, siendo nosotros
pequeños entonces, como tú verías,
no se lo podíamos haber arrebatado
a nadie; cuando tú nos lo diste,
¿dí, mamá?

BALANCE FINAL.

El título de uno de sus libros—POEMAS HUMANOS—bien podría hacerse extensivo a toda la producción poética de Vallejo. El mundo que él canta es uno en el cual van reuniéndose las cosas para contarnos su historia. Su poesía tiene, a su modo, argumento: cuenta, narra, sufre. Pueden muchos de sus poemas ser confiados a una prosa pura sin que se pierda nada de su calidad y sugerencia. Nos viene la tentación de afirmar que la mejor poesía es aquella que está escrita en prosa, que puede verterse a la prosa sin que se le entur-

bie el contenido lírico. Una poesía en que la prosa penetra es una poesía que señala su sentido vital, su huída del extremoso esteticismo. Contar es ver el mundo. Quien no sabe contar no canta. La poesía de todas las épocas de plenitud ha sido «cuento y canto» unidos en una sola onda. ¿Por qué hay que asustarse de que la vida habite en el poema? ¿Por qué decir que la historia de un corazón puede extrañar y ser considerado como algo apoético? No debemos temer, porque los sentimientos vuelvan a alejarse en el poema. No debemos preferir la fantasía al corazón (es una enseñanza machadiana).

Si alguna lección podemos recibir de la poesía de César Vallejo ésta sería la que con más claridad se desprende de sus versos: El poeta no debe, por realizar un programa, colocarse de espaldas a la vida. Poeta es aquel que puede hacer que convivan en su corazón los sucesos del mundo. El poeta huele, saborea, tacta, mira, y todo esto lo debe expresar valiéndose de palabras que tengan vocación de comunicarse con el prójimo. Poesía que no conversa puede ser manjar para los eruditos, pero no para el hombre. El verso libre que ha florecido espléndidamente en los últimos años nos señala como vocación del nuevo poeta el diálogo. La esencia de nuestra poesía parece que ha de ser dialogante. Hoy deseamos hacer el poema sobre el ritmo de la conversación, sobre esa zona cálida que brota de la palabra viva. En este sentido la poesía de César Vallejo es lo más avanzado que existe en la lírica de hoy. De esa actitud somos muchos los que nos estamos nutriendo.

Antonio Fernández Spencer.
Vicente Celestino Duarte, 37.
CIUDAD TRUJILLO (República Dominicana.)

---

(1) CÉSAR VALLEJO: *Poesías completas (1918-1938)*. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1949, 288 págs. Con prólogo y notas de César Miró.

(2) Habrá que exceptuarse a don Miguel de Unamuno y a don Antonio Machado, los cuales en sus poesías no suelen desechar las palabras que nacen desde la raíz más viva del corazón.

(3) JOSÉ MARÍA VALVERDE: *Notas de entrada a la poesía de César Vallejo*. «Cuadernos Hispanoamericanos», núm. 7 (Enero-febrero, 1949); págs. 64-65.